

# La Odisea

Homero

Adaptación  
Rafael Mammos

Ilustraciones  
Pep Montserrat



# La Odisea

## Homero

Adaptación

Rafael Mammos

Prólogo

Carles Miralles

Ilustraciones

Pep Montserrat

**Combel**  
EDITORIAL

Para Mentor,  
bajo la forma y figura de Andrés.

*R. M.*

Con Lluçia Navarro en el recuerdo.  
Gran dibujante y profesor insuperable,  
su aula fue una isla fundamental en mi viaje.

*Pep Montserrat*

© 2008, Pep Montserrat para las ilustraciones  
© 2008, Combel Editorial, S.A.  
© 2008, Rafael Mammos para la adaptación  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
www.combeleditorial.com

Diseño gráfico: Pepa Estrada

Primera edición: octubre de 2008

ISBN: 978-84-9825-335-1

Depósito legal: B-27379-2010

*Printed in Spain*

Impreso en Índice, S.L.

Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

# ÍNDICE

PRÓLOGO	
Las aventuras de Ulises, contadas de nuevo	9
La guerra de Troya	15
I. Los cicones	23
II. El cíclope	26
III. Eolo y los lestrigones	35
IV. El palacio de Circe	39
V. La consulta de los muertos	45
VI. Los consejos de Circe	54
VII. El canto de las Sirenas	58
VIII. Escila y Caribdis	63
IX. Los rebaños del Sol	65
X. Calipso	70
XI. La diosa de los náufragos	76
XII. Nausica	80
XIII. El palacio de Alcínoo	89
XIV. El festín de los pretendientes	95
XV. La asamblea de los aqueos	101
XVI. El viaje de Telémaco	106

XVII.	Néstor, rey de Pilos	108
XVIII.	Menelao, rey de Esparta	112
XIX.	Ulises abandona el país de los feacios	118
XX.	La llegada de Ulises a Ítaca	126
XXI.	La casa del porquerizo	131
XXII.	El retorno de Telémaco	138
XXIII.	Ulises reconocido por Telémaco	143
XXIV.	El mendigo entre los pretendientes	151
XXV.	La riña entre mendigos	157
XXVI.	Ulises y Euriclea	161
XXVII.	El último festín de los pretendientes	168
XXVIII.	La prueba del arco	173
XXIX.	La matanza de los pretendientes	180
XXX.	Ulises reconocido por Penélope	185
XXXI.	Las paces	190

## PRÓLOGO

### **Las aventuras de Ulises, contadas de nuevo**

En algunas fiestas señaladas, periódicamente, los griegos se reunían ante un rapsoda que les cantaba la *Odisea*, atentos –como ellos decían– al ritmo de las palabras y las frases, a la música de lo que contaba. Era este un largo poema de gestas, sufrimientos y maravillas que, junto con otro no tan imaginativo, pero sí muy intenso y más o menos de la misma extensión, la *Iliada*, atribuían a un poeta antiguo al que la tradición y los rapsodas llamaban Homero.

La *Iliada* narraba un episodio de la guerra de Troya, el heroísmo de Aquiles, el mejor de los griegos que en otro tiempo habían asaltado la ciudad de Troya, en Asia Menor (Troya es Ilión, en griego, de donde proviene *Iliada*).

Estos griegos cuyo mejor hombre era Aquiles, el más valiente de todos ellos, al final destruyeron Troya, y otros poemas que no nos han llegado (pero que conoció directa o indirectamente Virgilio, el poeta romano que relató la destrucción de la ciudad de los troyanos en su *Eneida*) contaban cómo había sucedido. La toma y destrucción de Troya habrían tenido lugar una vez muerto Aquiles, gracias a otro valiente pero, sobre todo, astuto e ingenioso guerrero cuyo nombre era Ulises.

Otros poemas que tampoco nos han llegado narraban las vicisitudes del regreso de los héroes griegos a sus respectivos países tras la destrucción de Troya. Uno de estos «regresos» (así los llamaban: *nostoi*), el más célebre, era el de Ulises, rey de Ítaca. Tardó en regresar, de Troya a su tierra de Ítaca, tantos años como había durado la

guerra de Troya, es decir, diez (de modo que puede decirse que cuando llegó llevaba veinte años fuera). El nombre de Ulises, que en nuestra cultura se ha hecho popular en su forma habitual en latín, en griego era Odiseo, y *Odisea*, pues, el título que los griegos pusieron al poema que narraba su regreso.

Se tardaban tres días en recitarlo entero. Por ello era preciso hacerlo en días de fiesta, para que la gente que se congregaba en torno al rapsoda pudiera disfrutar del poema. Naturalmente los griegos no tenían cine ni televisión; por no tener, la mayoría no sabía leer y carecía de libros, y aquellos que sabían leer y escribir tampoco aplicaban estos conocimientos a la literatura. En cambio, sí había poesía, y unos profesionales que la conservaban y la sabían recitar. Oírlos gustaba mucho a todo el mundo, y la gente, que se reunía en algunas fiestas señaladas para escucharlos, no sólo se sabía fragmentos de memoria, aunque sin recordar las palabras exactas del poema, sino el argumento y los personajes de muchos episodios. Como su cultura era básicamente oral, quienes acostumbraban a oír estos poemas llegaron a desarrollar una magnífica memoria, la del recuerdo de las palabras, versos y hechos de cada relato. Y aplicaban esta memoria a los versos de los rapsodas porque en ella encontraban sabiduría, experiencia de las cosas humanas y una forma cautivadora, deslumbrante, de contar unos hechos maravillosos, extraordinarios, apasionantes, siempre sorprendentes aunque ya los conocieran.

Después de la *Odisea*, desde los períodos romano y medieval hasta hoy mismo, las vicisitudes del regreso de Ulises no han dejado de ser contadas, una y otra vez, en las distintas lenguas de los hombres. Unas veces traducidas del griego, otras contadas de nuevo. Sobre ella se han hecho películas, cómics, obras de teatro con y sin música, y se han escrito todo tipo de relatos.

Las lenguas evolucionan y tienen distintos niveles, públicos lectores de muchas clases. El gusto por estas aventuras, el placer de oírlas contar bien contadas, no ha dejado de existir, y tampoco es verosímil que, pese a tantos avances, desaparezca un día. Lo que ya no es tan fácil es encontrar a quien sepa contarlas bien contadas. Y esa es la gracia de este libro, que pretende contar esas viejas aventuras de la *Odisea* homérica: manteniendo un ritmo, un tono seguido, articulado, que confiere fluidez y otra fuerza narrativa al relato, buscando maneras de expresar con una lengua literaria, bella pero en modo alguno extraña, algunas características de la antigua manera de

contar de los rapsodas (que, por ejemplo, comparan muchas de las cosas que cuentan con otras más próximas a la experiencia del público).

Este volumen recupera la habilidad y el gusto de narrar: de ir desovillando historias, con riqueza y exactitud de palabras y voces, y con ganas de hacerse entender, de entusiasmar a los lectores, de pescarlos. De pescarlos para la razón y la imaginación de las palabras, para la cultura mediante la literatura.

Para que sean leídas y entendidas ahora, se cuentan estas viejas historias que, desde la *Odisea*, nunca han dejado de gustar, de seducir a toda suerte de lectores, en todas las épocas. Y así como se han buscado las palabras más adecuadas para dar a entender hoy en día los estados de ánimo del héroe, la crueldad de un personaje, la belleza de un lugar, lo que los antiguos oían en el vuelo de los pájaros, la razón de la rapidez al narrar según qué cosas y la oportunidad de ralentizar las palabras al contar según qué otras, asimismo también se ha intentado relatar los hechos más ordenadamente que en el antiguo poema homérico.

La *Odisea* es un relato construido artificialmente para crear determinados efectos. Bien es cierto que narra el regreso de Ulises y las aventuras que éste conllevará, desde Troya hasta Ítaca y, una vez en Ítaca, la muerte de los pretendientes y cómo se instala la paz entre los itaqueos. Pero todo esto lo cuenta, tal como señalaba Horacio, empezando por el medio. De entrada nos sitúa en Ítaca, nos muestra cómo están las cosas en la casa de Ulises; y a continuación nos narra detalladamente el viaje de Telémaco, el hijo de Ulises, en busca de noticias de su padre. No llegamos hasta Ulises, retenido por Calipso, hasta muchos versos después, y la acción de sus hechos no obedece al orden cronológico en el que acontecieron éstos: algunos los cuenta el poeta, otros el propio Ulises, convertido en el país de los feacios en rapsoda de sus aventuras. Esto es lo que significa que la *Odisea* es un relato construido artificialmente.

La forma de narrar de este libro no va por ahí. Se exponen los hechos por orden, de los primeros a los últimos. Se ordena el discurso empezando por el principio. De este modo el relato pierde artificio, pero gana en comprensión y se hace más accesible. Con ese nuevo orden al que están sometidos los hechos, se consigue que la historia de Ulises se desarrolle con un ritmo más discursivo y lineal, rasgo característico del cuento o la novela modernos. La gracia, sin embargo, es que la relación con el origen, con la forma homérica de narrar, se conserva en cierto modo. Así, por ejemplo, el



lenguaje homérico personifica la primera luz del alba, la Aurora, otorgándole dedos de rosa, de color rosa; y se escribe: «Cuando, con dedos de rosa, la aurora brilló en los cielos...».

Servirse de este libro como una puerta de acceso al periplo de Ulises, como una iniciación a sus aventuras y al gusto de narrarlas hoy, a partir de la forma en que las narra la *Odisea*, será un acierto para quien lo haga. Ayudará a mantener y a fomentar entre nosotros, ahora que sí tenemos de todo, toda suerte de objetos y productos técnicos, el gusto por la palabra y por las historias que cuentan las palabras, el gusto de decir, contar y charlar unos con otros; el gusto de leer, de viajar con la mente, de soñar, aprender y comprender.

*Carles Miralles*

[...]

## LA GUERRA DE TROYA

Era Troya una ciudad rica y poderosa de la costa del Asia Menor. La gobernaba el rey Príamo, un hombre sabio y justo, querido por sus súbditos. Tenía muchos hijos, entre ellos Héctor, un guerrero bueno y valiente, y Paris, un joven risueño y atractivo que finalmente fue la ruina de su patria. Los oráculos, que predecían los sucesos futuros, ya lo advirtieron cuando Paris nació: aquel niño sería como una antorcha que incendiaría la ciudad. Por eso, Príamo prefirió la muerte de uno solo de sus hijos a la perdición de todo el reino, y abandonó al recién nacido en el desierto, para que muriera de hambre. Pero nada se puede hacer contra el destino, que ya había predicho la suerte de Paris y de Troya entera. Así sucedió que unos pastores encontraron al niño abandonado y decidieron criarlo como a un hijo. A partir de ese día, Paris creció entre los pastores sin saber que por sus venas corría sangre de reyes.

Pero al cabo de muchos años, cuando Paris era ya un hombre joven, sus padres adoptivos le revelaron la verdad sobre su origen. Paris, al saber de quién era hijo, se fue a Troya a ver al rey Príamo, su verdadero padre, para que lo reconociera como hijo legítimo. Y el viejo Príamo no tuvo más remedio que aceptar a Paris. Sin embargo, el rey recordaba todavía la predicción de los

oráculos, según la cual el joven traería la ruina a su ciudad. Por eso, decidió enviarlo a Grecia, con la idea de tenerlo lo más alejado posible de Troya.

Por aquel tiempo, Grecia era un conjunto de ciudades independientes y cada una tenía su propio rey. Paris, viajando por aquellos lugares, fue a parar a la ciudad de Esparta, a la corte del rey Menelao. Se decía que la esposa de este rey, la reina Helena, era la mujer más hermosa del mundo, y que su belleza era comparable a la belleza de las diosas. Cuando Paris llegó, pues, a Esparta, fue amablemente acogido por Menelao, como le corresponde a un rey que recibe a un extranjero. Pero el joven mal le pagó su favor: Paris se enamoró ciegamente de Helena, y se olvidó del respeto que debía a su anfitrión. De manera que un día la secuestró y se la llevó de Esparta, aprovechando la ausencia del rey Menelao. Los amantes corrieron a refugiarse a Troya, para desesperación del viejo Príamo, que veía cómo empezaba a cumplirse la predicción.

Una ofensa tan grande a un rey tan poderoso no podía quedar sin castigo. Menelao tenía un hermano, Agamenón, el hombre más influyente y rico de Grecia: los dos juraron recuperar a Helena y destruir la ciudad de Troya, que había acogido a los amantes furtivos. Con su autoridad, Menelao y Agamenón convocaron a los reyes y príncipes de otras ciudades para unirse en una gran alianza y formar una expedición militar contra Troya. Así, tras reunir un gran ejército, las naves de Grecia partieron y se dirigieron hacia las playas de Troya. Junto a Menelao y su hermano Agamenón viajaban también los mejores guerreros del país, como Aquiles, el mejor luchador griego, hombre casi invulnerable, hijo de una diosa; estaba también Áyax, un soldado lleno de furor, de corazón implacable; el sabio Néstor, cuyos consejos salvaron más de una vez a los suyos; y Ulises, un hombre valiente y, sobre todo, astuto, a quien nadie superaba en ingenio.

Ulises, rey de la isla de Ítaca y de otras pequeñas islas de los alrededores, era respetado en su tierra y muy querido en su casa. Su esposa era la bella Penélope; poco antes de partir hacia Troya, ambos tuvieron un hijo, de nombre

Telémaco. Aunque Ulises intentó librarse de acudir a la guerra sirviéndose de diversas tretas, al final no tuvo más remedio que acompañar al resto de los griegos en la expedición. Con gran pesar, se vio obligado a dejar a su esposa en la flor de la edad y a su hijo, que era un niño de cuna. Durante todo el tiempo que Ulises estuvo combatiendo lejos de su hogar, jamás se olvidó de su familia ni de su hogar, la tierra de Ítaca, a la que estaba decidido a regresar algún día. Con todo, fue precisamente gracias a él que Troya fue destruida.

Durante los diez años que duró la guerra ante las murallas de Troya, los combates se sucedían uno tras otro sin que hubiera un claro vencedor: troyanos y griegos ganaban y perdían según Zeus alternaba las suertes de la batalla. De ambos lados se perdieron muchos buenos guerreros. En el bando troyano, Héctor, el más valiente defensor de la ciudad, murió a manos del implacable Aquiles; más tarde, el mismo Aquiles cayó por un disparo de Paris, que le clavó una flecha en el talón, su único punto débil; y Paris a su vez fue muerto por otros combatientes griegos. Al final, todos aquellos grandes guerreros mordieron el polvo en plena batalla.

Era el décimo año de la guerra, y ningún ejército podía superar al otro. Sin embargo, los griegos entendieron que, con la mera fuerza de las armas, nunca lograrían vencer a los troyanos y entrar en la ciudad. Entonces fue cuando Ulises, el rey de Ítaca, tuvo la idea que puso fin al conflicto y otorgó la victoria a su bando. Siguiendo sus instrucciones, los griegos construyeron un caballo de madera gigantesco y lo dejaron abandonado en la playa, a la vista de los habitantes de Troya. Luego, fingieron rendirse y embarcaron como si se retirasen de la lucha y volvieran a su país, cansados de luchar. Pero en realidad era todo teatro: en lugar de surcar el mar, se habían escondido en unos islotes que había muy cerca de la ciudad, esperando el momento justo para atacar.

Los troyanos observaron con gran alegría cómo las barcas griegas se alejaban mar adentro: pensaban que la guerra por fin había acabado. Al ver el gran caballo de madera en mitad de la playa, creyeron que se trataba de



Sainte Luce  
Le geste cruel  
peintes sur son  
Ce tableau est un  
de l'expression



una ofrenda a Poseidón, rey de las aguas, ofrecida por los griegos para que el dios les fuera favorable en el viaje de regreso. Decidieron arrastrar el caballo dentro de sus murallas, sin sospechar que en su vientre hueco se escondían Ulises, Menelao y otros guerreros troyanos, quietos y en silencio, preparando la emboscada.

Aquella noche, en Troya, fue toda de celebraciones y fiestas. Todos los ciudadanos salieron a las calles a festejar el fin de la guerra, sin saber que el destino de su ciudad estaba por cumplirse. Cuando ya el último habitante de Troya dormía, rendido por el cansancio y el vino, los héroes griegos salieron silenciosamente del vientre del caballo. Sin que nadie se diera cuenta, abrieron las puertas de la ciudad para que penetrara el resto del ejército, que ya había vuelto de su escondite en las islas y estaba preparado para el ataque. De esta forma, se precipitaron todos los guerreros griegos a través de la muralla, dispuestos a sembrar la destrucción de sus enemigos.

Aquello fue la ruina de Troya. Los griegos atacaron sin piedad y no dejaron a ningún hombre vivo en la ciudad; se llevaron a las mujeres jóvenes como esclavas, saquearon todas las riquezas, vaciando casas y palacios. Finalmente, incendiaron la ciudad, que poco a poco se hundió en cenizas bajo aquella noche sin estrellas, llena de fuego. Menelao recuperó por fin a su mujer Helena, que había sido el motivo de toda la guerra, y se la llevó de vuelta a Esparta, de donde la había secuestrado el traidor Paris.

Para los guerreros griegos que todavía vivían era el momento del retorno a sus casas paternas, tras diez años de ausencia. Con las riquezas que habían obtenido del saqueo de Troya, partieron cada uno a su tierra, sabiendo que su gloria, desde entonces, sería casi infinita; la guerra era ya solamente un recuerdo que los poetas futuros convertirían en música y canto.

Pero en este retorno tan deseado, la suerte de unos y otros fue desigual. Agamenón, el poderoso comandante del ejército griego, llegó rápidamente a su hogar, pero encontró solo desgracia y muerte; Menelao, su hermano, tardó años en llegar, retenido en costas extranjeras contra su voluntad. Pero quien



más penas sufrió fue Ulises, el rey de Ítaca. Protegido por Atenea, odiado por Poseidón, él nunca se olvidó de regresar a su patria, donde lo esperaba su hijo Telémaco, convertido en hombre, y su esposa Penélope, que pasaba los días tejiendo y destejiendo en el telar. Todavía tardó nuestro héroe diez años más en volver, diez años llenos de mar, de monstruos y de cielos revueltos; pero jamás lo abandonaron la constancia y el deseo de volver a su hogar.

Y esta historia que empieza es la odisea del héroe Ulises, rico en ingenios.

## Los cicones

Con la esperanza de volver a su patria, tan querida, Ulises y sus compañeros aqueos prepararon las naves para la partida. Subieron a bordo todas las riquezas que habían saqueado de Troya como botín de guerra. Izadas las velas y recogidas las anclas, se embarcaron en las naves de lisa proa y surcaron las olas mar adentro. Tras tantos años de lucha, Ulises por fin tomaba el camino a su hogar, en la isla de Ítaca, donde le esperaba su esposa Penélope y su hijo, que era un niño cuando él se marchó.

Pero ya en alta mar, los vientos, quizás por voluntad divina —que a menudo es cambiante y oscura—, no les fueron nada favorables; soplando con fuerza, desviaron las naves de Ulises de su ruta y las llevaron hasta Ísmaros, donde habitaba el pueblo de los cicones; allí fue donde Ulises y los suyos desembarcaron. Según la costumbre de entonces, feroz y sangrienta, los hombres de Ulises destruyeron a todos los cicones que opusieron resistencia y luego saquearon la ciudad, sin sentir pena. Los cicones que habían sobrevivido huyeron hacia las afueras y los griegos, contentos con el botín logrado, no se hicieron a la mar, sino que prefirieron celebrar un gran banquete en el que no faltaron carneros abundantes para cocinar a fuego lento, bien regados con vino oscuro del mejor. No obstante,

el prudente Ulises quiso huir con el botín que habían conseguido, pues creía que aquella imprudencia les saldría muy cara; pero, por mucho que insistió, nadie le hizo caso. Y ocurrió lo inevitable.

Los cicones que habían escapado de la matanza corrieron a las montañas de las afueras, donde habitaban otros grupos de cicones, incontables. Y cuando supieron del ataque y el saqueo de los griegos, se reunieron y, bien armados y conducidos por nuevos capitanes, se presentaron en la ciudad, donde los hombres de Ulises pensaban solo en comer, beber y gozar sin pausa. Nunca hubieran imaginado que les caería encima una nube de cicones, tan numerosos como las hojas y las flores de los árboles cuando llega la primavera. Se defendieron a duras penas, bajo la guía de su rey, el valiente Ulises. Después de algunos violentos combates, consiguieron embarcarse de nuevo y huir mar adentro, pero sin los compañeros que yacían en tierra, sin vida: tal había sido la furia vengativa de los cicones.

Consternados por el devastador contraataque que habían sufrido, Ulises y los suyos retomaron rumbo hacia Ítaca, con la esperanza de no verse obligados a detenerse otra vez; pero, una vez pasado el cabo de Malea, un viento de mistral bravo y violento se los llevó más allá de la isla de Citera. Y durante nueve días seguidos las naves de Ulises fueron juguete de los vientos desatados, que les hacían trizas las velas y desarmaban el maderaje del navío. ¡Pobres marineros, que en el mar negro y en el cielo creían ver un monstruo amenazante sobre ellos! Ya pensaban que jamás vislumbrarían su casa natal.

Pero, pasados esos nueve días, el tiempo se calmó y Ulises y los suyos avistaron una tierra desconocida. Tras desembarcar, pudieron sacar agua fresca de unos pozos, y comer así sin preocupaciones. Entonces Ulises ordenó a tres de sus hombres que se adentraran en aquella tierra para ver a qué país habían llegado, qué frutos daba el suelo y qué raza de gente albergaba. Resultó que se trataba del país de los lotófagos, es decir, los

comedores de la flor de loto, una flor dulce como la miel, pero que provoca a quien la come el olvido de la patria, de tal modo que, por mucho que uno ame y añore su casa, ya no quiere marcharse de esa tierra tan amena y agradable, en la que nace esta flor tan especial y que tan bien sabe.

Los tres exploradores de Ulises se presentaron ante los lotófagos, que eran gente hospitalaria. Y ellos les invitaron a probar de aquel manjar misterioso y extraordinario que regalaba la tierra.

—Probad, probad, a ver qué os parece —les animaban los lotófagos sin mala intención.

Y los tres infelices así lo hicieron: probaron la flor de loto y la encontraron exquisita de verdad. Y, olvidándose de la tierra de Ítaca, con sus montes poblados de viñas y olivos, declararon que vivirían por siempre jamás en aquel lugar tan maravilloso.

Cuando Ulises se enteró de que no querían embarcarse para proseguir el viaje, se compadeció de ellos; aun así, los cogió por la fuerza y los arrastró hasta las naves, sin hacer caso de sus llantos y quejas. Y en seguida dio orden a sus marineros de zarpar y abandonar aquella tierra, acogedora y alegre, pero donde se corría el peligro de olvidar la casa propia y todo lo que en ella se había dejado. Y, tras partir del país de los lotófagos, las naves del rey Ulises tomaron el rumbo de tramontana.

## El cíclope

Lejos ya del país de los lotófagos, las naves de Ulises avanzaban lentas, ya que el mar estaba en calma; no había ni un soplo de viento y tenían que empujar los bajíos a fuerza de remos. Y así anduvieron hasta que, tras mucho navegar, llegaron al país de los cíclopes.

Los cíclopes son gigantes terribles. Miran con un solo ojo, que tienen en mitad de la frente: su aspecto infunde gran terror. Son gente salvaje que ha habitado siempre la misma isla, de donde no se moverán jamás. Allí, su tiempo pasa sin leyes, normas ni respeto, y cada uno de ellos procura solo de sí.

Hay otra isla justo en frente de esta, más pequeña, cubierta de frondosos bosques y rica en cabras salvajes; pero está deshabitada, porque los cíclopes no conocen la navegación y no hubieran podido llegar a ella aunque quisieran. Allí fue donde el rey Ulises fondeó las naves y las situó, al amparo de una cala oculta. Y entonces habló así a sus compañeros:

—Quedaos aquí, amigos, mientras mis hombres y yo con mi nave investigamos qué hombres viven en estos parajes, si son arrogantes y violentos o, por el contrario, gente de bien.

Y así Ulises dirigió su nave hasta la isla más grande, de donde se

*La Odisea*, atribuida, igual que *La Ilíada*, al poeta Homero, es uno de los grandes poemas épicos de la literatura clásica griega. Narra las aventuras y peripecias de Ulises, el rey de Ítaca, una vez acabada la guerra de Troya, en la que había participado activamente, de vuelta a su patria. Fue una larga aventura (y de aquí la palabra *odisea*, que se utiliza hoy en día con ese sentido en el lenguaje común), durante la que el héroe sufrió todo tipo de penalidades y desventuras, naufragando una y otra vez, y perdiendo, además, a todos sus compañeros de viaje. Solamente él, después de diez años, pudo llegar a su tierra, la isla de Ítaca, donde todavía le esperaba su fiel esposa Penélope. Hoy incorporamos a nuestra colección de lecturas clásicas de todos los tiempos, con unas magníficas ilustraciones de Pep Montserrat, una versión reducida de esta gran obra literaria. Nuestra adaptación pretende, con un lenguaje adecuado, mantener la nobleza y el tono de la narración original, para así poner al alcance de los jóvenes lectores una de las obras principales de la literatura universal.

## TIEMPO DE CLÁSICOS

